

SEGUNDA PARTE.

HERNAN CORTÉS.

SEGUNDA PARTE.

HERNAN CORTÉS.

I.

*Expedición de Hernandez de Córdoba.—La bahía de Campeche.—Dos bautismos, Julian y Melchor.—Combate.—Hernandez queda herido.—Su muerte.—Grijalva.—La Nueva-España.—Discurso de un cacique.—Un templo indio.—La isla de los Sacrificios.—Hernan Cortés.—Su retrato.—Preparativos de la expedición que debe mandar.—Se hace á la vela para Méjico.—Encuentro de un naufrago español.—Relación de sus aventuras.—Una batalla.—Derrota de los mejicanos.—Una embajada.—La hija de un cacique.—Los embajadores de Motezuma.—Situación crítica de Cortés.—Su destreza.—Un tribunal.—Dimisión de Cortés.—Su discurso.—Es de nuevo elegido comandante.*

LA conquista de la isla de Cuba no podía satisfacer la ambición de Velazquez, que sufría con impa-

LIBRERIA UNIVERSITARIA U. A. N. I.

ciencia la autoridad de don Diego: deseando sustraerse á ella, pensó que lo lograría si tenía la fortuna de hacer algun descubrimiento importante que le proporcionase un gobierno independiente. Por lo tanto equipó dos navíos y un bergantin y confió el mando de esta pequeña escuadra á Hernandez de Córdova (1), prescribiéndole que siguiese el rumbo al Oeste, porque presumia que existiese hácia aquel paraje un gran continente no visitado todavía por ningun europeo.

Hernandez se dirigió hácia la Tierra Firme llamada de Yucatán, y cuando hubo llegado á la costa, siguió su rumbo, siempre remontándose, hasta la bahía de Campeche, donde crece la madera que sirve para los tintes. Habiendo desembarcado en diversos parages de la costa, tuvo que sostener algunos combates con los habitantes, encontrando una resistencia inesperada; pero estos indios eran los menos salvajes y mas aguerridos de cuantos los españoles habian visto hasta entonces, que estaban casi todos desnudos. Estos tenían vestidos hechos de una tela de algodón picado; sus armas, que manejan con bastantes destreza, eran espadas de madera guarnecidas de agudos pedernales, lanzas, arcos, flechas y escudos. Se pintaban el rostro de

(1) Otros historiadores llaman Francisco Fernandez de Córdova al comandante de esta escuadra, en que iban ciento diez hombres, siendo piloto de las naves el célebre Anton Alaminos.—(Nota del traductor).

diversos colores y adornaban su cabeza con un penacho. Entre ellos fué donde se vieron las primeras casas de piedra y cal, edificadas con cierta regularidad. En algunos encuentros batieron á los españoles, haciéndolos reembarcarse, y estos hicieron prisioneros á dos jóvenes indios, que despues recibieron el bautismo. Les pusieron los nombres de Julian y Melchor, y prestaron grandes servicios á los españoles sirviéndoles de intérpretes y mediadores con los mejicanos.

Un dia en que bajaron los españoles á tierra para renovar su provision de agua, se les acercaron cincuenta indios para preguntarles si venian del país donde sale el sol. Como les respondiesen que sí, fueron llevados por aquellos indios á un templo de piedra donde un horrible espectáculo se ofreció á su vista. Allí estaban colocados ídolos horribles, teñidos de sangre que aun humeaba. Al instante se presentaron dos hombres con capas blancas y con sus largos cabellos negros atados por detrás, los que se adelantaron hácia los españoles, trayendo en su manos unas cazoletas de tierra. Cuando estuvieron en frente de los advenedizos, echaron en las cazoletas una especie de sustancia resinosa, arrojando hácia los españoles el humo que levantaba. Terminada la ceremonia, les intimaron que saliesen del país amenazándoles con la muerte si no obedecian. Los españoles juzgaron que no era prudente el permanecer mas tiempo entre aquellos indios y se volvieron prontamente á sus navíos.

Desembarcaron tambien en otro paraje cerca de Potonchan; pero fueron atacados por una numerosa tropa de indios, con tal impetuosidad y rabia, que mataron cuarenta y siete, hirieron á otros muchos, que pudieron escapar con dificultad de la matanza general, refugiándose en sus navíos. El mismo Hernandez, jefe de la espedicion, quedó herido muy gravemente, por lo que tuvo que volverse al instante á Cuba, donde despues de haber dado á Velazquez cuenta detallada de la espedicion, murió de resultas de sus heridas.

Los nuevos descubrimientos hechos en su nombre sobrepujaban las esperanzas de Velazquez, que resolvió continuar su exploracion, cuyos resultados habian sido tan brillantes, y que le prometia otros no menos ventajosos. Equipó de nuevo tres navíos y un bergantín, eligiendo para comandante de esta escuadrilla á Grijalva, oficial en quien corrian parejas el valor y la experiencia. Velazquez le intimó que se limitase á buscar nuevas tierras sin detenerse á formar establecimientos en las que pudiese descubrir.

Grijalva se dirigió en línea recta hácia Yucatan; pero no advirtió que las corrientes le llevaban hácia el Sur, alejándole un poco del rumbo que se proponia seguir. A causa de este desvío descubrió cerca de la costa oriental de Yucatan la isla de Cozumel, y desde allí siguiendo la costa llegó á Potonchan, donde Hernandez habia tenido tan mal recibimiento. Los compañeros de Grijalva, que es-

taban impacientes por vengar la muerte de sus compatriotas y la afrenta hecha al pabellon español, pidieron se les dejase desembarcar, y su jefe bajó con ellos á tierra.

Estaban los indios tan orgullosos con la victoria que habian conseguido poco tiempo antes, que salieron muy ufanos al encuentro de los españoles; pero bien cara les costó su valentía. Doscientos quedaron en el campo y los demás huyeron llevando el terror por todas partes; pero Grijalva no quiso aprovecharse de esta ventaja, y satisfecho con haber dado una severa leccion á los indios de Potonchan, se hizo á la vela para seguir costeando. Júzguese cuál seria la sorpresa de los españoles al ver por todas partes pueblos y ciudades construidas con regularidad; casas de piedra y de cal que su imaginacion trasformaba en palacios, y encontrando grande semejanza entre la España y este país, le llamaron Nueva-España, nombre que todavía conserva.

La espedicion llegó despues á la embocadura de un rio, al que los naturales llamaban Tabasco y al que los españoles para honrar á su digno jefe pusieron el nombre de Grijalva: el rio ha conservado este nombre; pero la comarca que riega se llama todavía Tabasco. La extraordinaria fertilidad del país, que estaba tambien muy poblado, convidó á Grijalva á bajar á reconocerle: desembarcó con todas sus gentes bien armadas; pero apenas habian puesto el pié en la costa, cuando una muchedumbre

de indios, dando horribles gritos, les prohibió pasar adelante. Grijalva sin intimidarse por sus amenazas fué avanzando hácia los indios, y cuando estuvo á tiro de flecha, mandó hacer alto y formó sus tropas en batalla. Despues ordenó á Julian y Melchor, los dos americanos llevados por Hernandez, que fuesen á decir á los indios que lejos de haber venido para hacerles daño, no deseaba mas que hacer alianza con ellos.

Si los indios quedaron asombrados á vista del órden de batalla, uniformes y armas de los españoles, no menos les sorprendieron las proposiciones pacíficas que les hacia el comandante de los enemigos. Algunos jefes se acercaron, sin temor y no tuvieron motivo de arrepentirse porque Grijalva los recibió con mucho cariño. Dijoles por medio del intérprete, que él y los que le acompañaban eran súbditos de un gran rey, dueño de todos los países por donde el sol sale, y que venia enviado á ellos por este monarca para que se sometiesen á su dominio.

Esperaba Grijalva el resultado de esta intimacion, que produjo murmullos de cólera entre los indios, indignados de la audacia de aquellos insolentes extranjeros; y uno de los jefes, imponiendo silencio á la turba irritada, vino á dar esta respuesta: "Que no podian comprender se les hablase de paz al mismo tiempo que se queria esclavizarlos. Que era tambien muy estraño se les quisiese sujetar á un nuevo dueño antes de saber si estaban ó no conten-

tos con el suyo, y que de todas maneras, supuesto que la cuestion era de paz ó de guerra, ellos no podian resolverla sin consultar á sus superiores acerca de las proposiciones que acababan de oír." Alejóse en seguida, dejando á los españoles admirados de la firmeza y sabiduría de esta contestacion.

Poco tiempo despues volvió á decir á Grijalva que sus jefes informados de cuanto habia pasado en Potonchan, no tenian miedo á la guerra, como lo manifestarian en caso necesario; pero que siempre preferia la paz. Que le habian encargado trajese al jefe de los hombres blancos una gran cantidad de víveres, que le regalaban como una prueba de sus pacíficos sentimientos.

Apenas habia acabado de hablar, cuando se presentó el mismo cacique, sin armas y con una muy corta escolta de los suyos. Despues de las mutuas saluciones entre el príncipe indio y el comandante español, sacó aquel de una cesta que sus gentes habian traído, magníficas armaduras de oro, guarnecidas de piedras preciosas y adornados con plumas de colores, y ofreciendo estos regalos á Grijalva, le dijo le suplicaba los aceptase como una prueba de su amor á la paz; pero que para evitar un rompimiento entre ellos, era preciso que se alejara del país lo mas pronto posible.

El jefe español, á su vez, correspondió al cacique con varios regalos que él recibió con la mas viva satisfaccion, y se comprometió además á salir prontamente, por lo que fiel á su palabra, se dió prisa á

embarcarse. La expedición continuó avanzando á lo largo de la costa, hasta llegar á una isla que tenía casas de piedra y un templo. En el centro de este templo, abierto por todas partes, habia colocados sobre sus altares diferentes ídolos horribles, y delante de ellos estaban espuestos los cadáveres de seis hombres, que parecian haber sido inmolados la noche anterior. Horrorizados los españoles á vista de estos crímenes de una feroz superstición, dieron á esta isla el nombre de isla de los sacrificios. Bien pronto se convencieron de que la bárbara costumbre de sacrificar víctimas humanas á los ídolos, reinaba en todos los pueblos de aquellas regiones, porque habiendo llegado poco tiempo despues á una isla llamada Kulva por los naturales, vieron todavía mayor número de cadáveres humanos sacrificados á las divinidades indias. Los soldados españoles se estremecieron á vista de estos abominables sacrificios. Grijalva añadió el nombre de Juan al que ya tenia la isla, que todavía se llama de San Juan de Ulúa.

Los españoles encontraron por todas partes oro en abundancia, y seducidos por las riquezas de aquellas fértiles comarcas, algunos compañeros de Grijalva querian formar un establecimiento en la costa; pero su jefe conformándose á las instrucciones de Velazquez, les negó el permiso, limitándose á tomar posesion en nombre del rey de España, de todos los países á donde llegaba, y sin detenerse siguió costeanando hasta la provincia de Pánuco, que por aque-

lla parte es la última de Nueva-España y de Méjico. Allí tuvo que rechazar un furioso ataque de los indios, matando una buena porcion de ellos, y como la violencia de las corrientes contrarias no le dejase seguir la esploracion de las costa, tuvo que dar la vuelta á Cuba.

Al llegar á esta isla, sufrió injustas reconvencciones de parte de Velazquez, que le acriminaba por haber cumplido escrupulosamente sus órdenes, no fundando una colonia en el rico territorio que habia descubierto. El gobernador de Cuba resolvió reparar lo que él llamaba la falta de su teniente, y equipó con la mayor prontitud diez navíos de ochenta á cien toneladas.

¿Pero á quién Velazquez, este hombre tan suspicaz y desconfiado, daría el mando de esta flota considerable? No queria correr en persona los peligros de una expedición larga y difícil, además de que por otra parte su presencia era necesaria en Cuba. Su previsora ambición tenia bien calculados todos los azares, principalmente el de un desastre que hubiera tal vez estorbado su regreso á una isla en la que si le era posible, queria mantenerse contra la autoridad de don Diego. La eleccion de comandante inquietaba mucho á Velazquez, que tardó mucho en fijarse entre todos los concurrentes que solicitaban el honor y la responsabilidad de una empresa tan grandiosa, porque se temia que eligiendo un jefe de valor é inteligencia y el mas á propósito para el desempeño, le arrebatare la utili-

lidad y la gloria, no queriendo resignarse á desempeñar un papel subalterno el conquistador de tan vastas regiones. Velazquez, en fin, deseaba encontrar un jefe de capacidad, y que sin embargo consintiese en estar bajo la dependencia del gobernador de Cuba, siendo el instrumento dócil de su voluntad.

La casualidad le hizo encontrar al hombre que parecia destinado por la Providencia á la ejecucion de la empresa preparada por Velazquez.

HERNAN CORTÉS habia nacido en 1485 en Medellin, villa de Estremadura, de una familia noble, y habiendo cursado en su primera juventud en la universidad de Salamanca. Su padre queria que se aplicase á la jurisprudencia; pero una profesion grave no podia convenirle: el estudio de las leyes contrariaba sus inclinaciones y la viveza de su carácter; por lo que, cediendo al ascendiente de una vocacion irresistible, prefirió la carrera de las armas. Obtuvo el permiso de pasar á Italia para servir á las órdenes del famoso Gonzalo de Córdoba; pero una enfermedad peligrosa que le sobrevino el mismo dia de su partida, le impidió su aprendizaje militar en la escuela del Gran Capitan, aunque no pudo impedir sus inclinaciones y sus proyectos. Todas las miradas se dirigian entonces á las Indias occidentales, y Cortés cedió al impulso que lanzaba tantos aventureros al Nuevo-Mundo, resuelto á ir á buscar tambien en él la fortuna y la gloria.

Llegó á Santo Domingo en el año de 1504, provis-

to de cartas de recomendacion para don Nicolás de Ovando, el gobernador de la isla Española, y fué muy bien recibido. Apenas tendria entonces unos veinte años, y ya dió pruebas de su valor y energía durante su viaje, en el que se vió espuesto á grandes peligros.

Ovando, á quien agradó desde un principio, le tuvo á su lado por algun tiempo, confiándole comisiones importantes y quedando satisfecho de sus talentos y su celo. La fisonomía de Cortés prevenia á favor suyo: era bien formado y realizaba sus ventajas exteriores con cualidades que le granjeaban el afecto de cuantos le conocian. Generoso, discreto, chistoso en su conversacion, tenia gusto en hacer un favor; pero sin ostentacion y sin pretender sacar partido de su condescendencia. Sencillo y modesto en sus modales é indulgente con los demás, tenia horror á la maledicencia.

En 1511, Velazquez, que habia oido hablar del mérito de Cortés, le propusó el empleo de secretario y le llevó consigo á Cuba; pero el gobernador descontentó á algunos, y Cortés, que habia caido en desgracia suya, se encargó de presentar las quejas de los descontentos en la real audiencia de Santo Domingo. Habiendo sido descubierto este proyecto, Cortés fué preso y sentenciado á la pena capital. Intercedieron por él personas de consideracion y pidieron su indulto, que fué concedido por el gobernador, limitándose á enviarle preso á Santo Domingo.

Le embarcaron en un navío pronto á partir; pero como á bordo no tuviesen cuidado de él, se atrevió por la noche á saltar al mar, llevándose agarrada una tabla. Con su ayuda y luchando contra las olas, consiguió llegar á la costa, donde volvió á caer en poder de Velazquez; pero esta desgracia fué el origen de su elevacion, porque el gobernador admirando la energía é intrepidez de Cortés, le perdonó y quiso atraérsele colmándole de favores. Creyó haber encontrado en aquel jóven lo que buscaba, es decir, un acérrimo partidario de su voluntad y sus intereses; pero se equivocaba, y todos los que habian podido observar de cerca al nuevo comandante y traslucir la ambicion que le dominaba, pronosticaron que Velazquez no tardaria en arrepentirse de haberlo elegido.

Un dia en que el gobernador y el capitán general de la armada fueron juntos al puerto para inspeccionar y activar los preparativos de la expedicion, un bufón llamado Francisquillo se acercó á ellos y se puso á decir que Velazquez no tenia provision y que debia prevenir otra escuadra para ir en persecucion de Cortés. "Compadre, dijo el gobernador, que llamaba así familiarmente á Cortés, por haber sido padrino de una hija suya, ¿ois lo que dice ese pícaro de Francisquillo?"

—Es un loco, dijo Cortés, y es preciso dejarle hablar.

La envidia y resentimiento de algunos oficiales que habian pretendido el mando concedido á Cor-

tés, consiguieron despertar la desconfianza de Velazquez, y para evitar sus consecuencias trató aquel de acelerar su partida. En pocos dias reunió bajo sus órdenes cerca de trescientos hombres, entre los que se hallaba Bernal Diaz del Castillo, que escribió la historia de esta expedicion memorable. El estandarte que dió á sus tropas llevaba el signo de la Cruz con estas palabras latinas por divisa: "*Vincemus hoc signo.*" *Con esta seña venceremos.* Era la inscripcion del Labarum, adoptado por Constantino despues de su célebre victoria contra Maxencio.

Era tanto lo que Cortés temia los efectos de la desconfianza, ya manifestada varias veces por el gobernador, que resolvió embarcarse sin despedirse de él. Velazquez, que se hallaba acostado, sabiendo que la escuadra iba á hacerse á la vela, se levantó prontamente al amanecer, para ir á la costa con un numeroso acompañamiento. Apenas Cortés le vió, vino á saludarle en una chalupa donde habia cuidado se embarcasen hombres de toda su confianza y bien armados. Al acercarse á la costa, Velazquez le dijo: "y qué, compadre, ¿os marchais sin despediros? ¿abandonar así á los amigos es cosa muy estraña!"

—"Señor, le respondió Cortés, os suplico me perdoneis; pero sabed que las grandes empresas reclaman la mayor diligencia: indicadme solamente lo que deseais que ejecute por serviros y vuestras órdenes serán inmediatamente cumplidas." Velazquez atónito guardó silencio, y Cortés volviendo al

instante á su flota, partió de Santiago el 18 de noviembre de 1518, y costeano del Norte hácia el Este, fué á fondear al puerto de la Trinidad.

Habia sido precedido por una órden de Velazquez al alcalde de dicha villa, para que recogiese á Cortés su nombramiento, es decir, el título de capitán general de la flota.

El alcalde se apresuró á participar á Cortés la órden que habia recibido; pero éste manifestó al alcalde, que tan súbita mudanza en el ánimo del gobernador no podia provenir mas que de un error ó mala inteligencia, y comprometió al primer magistrado de la Trinidad á que retardase la ejecucion de la órden hasta que Velazquez respondiese al mensaje que iba á dirigirle, demostrando al mismo tiempo el mas profundo respeto á la autoridad del gobernador de Cuba. Como el alcalde no se hallaba en disposicion de obligar á Cortés á que le obedeciese, tuvo que pasar por lo que éste quiso, y le concedió la próroga que solicitaba. Cortés escribió en efecto á Velazquez; pero levantó áncoras al instante y se dirigió á la Habana.

Obligado á detenerse en este punto, aprovechó el tiempo para desembarcar la artillería, hacer que limpiasen las armas y ejercitar á los artilleros. Como el territorio de la Habana producía algodón en abundancia, mandó hacer una especie de arma defensiva ó coraza formada de algodón entretelado, á la que dió el nombre de estampilla. Se adoptó generalmente esta armadura como mejor defensa

que el hierro contra las flechas y dardos americanos.

La escuadra de Cortés se componía de diez navíos y un bergantín. Dividió su pequeño ejército en once compañías, al mando cada una de un capitán, que lo era al mismo tiempo de uno de los buques, para que así tuviesen la misma autoridad en tierra que en mar. El se encargó de la primera compañía, declarando que las ponía todas bajo la proteccion especial de San Pedro, cuyo nombre habia, de ser por decirlo así, su grito de guerra.

Se hizo á la vela del puerto de la Habana el 10 de febrero de 1519, y despues de haber luchado por algunos dias contra vientos muy impetuosos, toda la escuadra se reunió en la isla de Cozumel, donde se verificó una revista general. El número de tropas ascendía á quinientos ocho soldados, sin contar los oficiales, y ciento nueve hombres para el servicio de los navíos. Entre los soldados habia trece con mosquetes, treinta y dos con ballestas, y los demás no tenían mas que espadas y lanzas. La caballería de Cortés, esta caballería que habia de hacer un papel tan importante en la expedicion, solo constaba de diez y seis ginetes. Su artillería estaba reducida á diez cañoncitos de los llamados de montaña, y cuatro culebrinas, especie de cañon largo y delgado que ya no está en uso.

Entre tanto Velazquez, informado de que Cortés habia salido de la Trinidad á pesar de sus órdenes, acusó de traicion al oficial que no las habia ejecu-

tado y tomó sus medidas para que Cortés, detenido en la Habana, fuese enviado preso á Santiago. Avisado el capitán general de la escuadra del peligro que le amenazaba, halló medio de eludir el furor de Velazquez y salvarse de sus violencias. Dió parte á sus compañeros, con cuyo afecto podía contar, del proyecto formado por Velazquez, y les indicó la suerte que le estaba reservada por la injusticia del gobernador, pidiéndoles en el acto su parecer sobre el modo con que debería conducirse. Todos le respondieron á una voz que no debía inquietarse por las malélicas disposiciones de Velazquez contra él, y le indujeron á que siguiese con el mando que se le habia confiado, suplicándole no les privase de un jefe que merecia toda su confianza. Todos juraron que estaban prontos á seguirle á donde quisiese llevarlos, arrojando todos los peligros y hasta la muerte.

Seguro de esta suerte Cortés, del afecto y decision de sus soldados, dió la orden de la partida, y se hizo á la vela para ir á conquistar un imperio mucho mas vasto que todos los países reunidos entonces bajo el dominio del rey de España.

Estaba resuelto á seguir el mismo rumbo que habia conducido á Grijalva á sus importantes descubrimientos; así es que se detuvo primeramente en la isla de Cozumel. Su llegada fué una dicha para un español, arrojado por un naufragio á la costa y hecho esclavo por los salvajes. Este hombre, llamado Aguilar, habia pasado ya ocho años en la es-

clavitud, y costó trabajo el reconocerle, porque habia adoptado las costumbres, maneras, lenguaje y hasta la misma figura de los indios. El sello de su origen europeo estaba completamente borrado en aquel infeliz, que apenas se acordaba de su patria. Se hallaba desnudo como los salvajes, cuyo color bronceado tenia: sus cabellos estaban trenzados al rededor de la cabeza, á la moda del país, y tenia en la mano un arco, llevando el escudo, aljaba y flechas á la espalda. No tenia mas bienes que una bolsa de punto, en la que guardaba sus víveres, y un antiguo libro de horas que leia con piadosa constancia. Cuando hablaba, su lenguaje era casi ininteligible, apenas se acordaba del idioma castellano, que en su boca se habia convertido en un dialecto bárbaro, formado en gran parte de palabras indias.

Contó á Cortés que cuando él y sus compañeros naufragaron en la costa, eran diez y nueve, pero que el hambre y las fatigas hicieron que muriesen siete: los demás fueron cogidos por un cacique del país, hombre feroz que sacrificó en el acto cinco á sus ídolos y se los comió despues. Los que por el pronto no saciaron el horrible apetito de aquel antropófago, estaban destinados á un suplicio mas cruel que la muerte: los encerró en una jaula para que fuesen engordando. Habiendo logrado escaparse, pasaron por mucho tiempo una vida errante en los bosques, alimentándose de yerbas y raices, y estaban á punto de sucumbir, cuando descubiertos por algunos indios, fueron presentados á un cacique, el que los

recibió con benignidad y les prodigó todas las atenciones de una hospitalidad generosa, porque era enemigo del que los había tratado tan cruelmente. A pesar de esto, fueron condenados á un trabajo muy penoso que escedía sus fuerzas. Solo dos pudieron resistir el exceso de la fatiga y sobrevivir á sus compañeros de infortunio: estos fueron Aguilar y Guerrero; pero su suerte mejoró, porque habiendo prestado singulares servicios al cacique su amo en una guerra que sostuvo contra otros jefes, se mostró tan agradecido que los hizo amigos y confidentes suyos. Gracias á esta nueva situación, Guerrero se casó con una india de una de las familias mas poderosas del país, y poco tiempo despues de su matrimonio obtuvo un mando de importancia. Poco á poco se aficionó de tal manera á la vida y costumbres de los americanos, que á la llegada de los españoles no quiso unirse ni aun presentarse á ellos, lo que se debe atribuir á la verguenza que pasaria presentándose á sus compatriotas con todos los signos distintivos de los salvajes, porque segun decir Aguilar, tenia la nariz taladrada á modo de los indios y su cuerpo estaban pintado de diversos colores.

Cortés abrazó al pobre Aguilar, dando su misma capa para cubrir la desnudez de aquel español, feliz por volverse á ver entre sus hermanos. El capitán general esperaba con fundamento que Aguilar le seria muy útil en sus negociaciones con los indios, cuyo idioma hablaba con facilidad.

Saliendo de Cozumel, Cortés avanzó hácia la provincia de Tabasco, queriendo llegar al paraje en que el rio de Grijalva desemboca en el mar. Como su predecesor que puso su nombre al rio, no había tenido motivo de queja por parte de los habitantes, esperaba el capitán general que á él le sucediera lo mismo; pero se engañaba, y cuando la nave capitana fué descubierta por los naturales, acudieron manifestando intencion de oponerse al desembarco. Cortés les envió al instante el intérprete Aguilar, para que renunciassen á sus designios hostiles; pero ellos rehusaron escucharle, y sin dejarle hablar tuvo que volverse á bordo sin haber adelantado nada.

Cortés no queria ser el primero á romper las hostilidades: impaciente por llegar lo mas pronto posible á las costas mas inmediatas al vasto imperio mejicano, la resistencia de los salvajes era para él un sensible contratiempo. Puesto en la alternativa de ceder á las amenazas de los salvajes, dando así alas á su insolencia, ó dar principio en un país tan distante del término de sus esfuerzos á una guerra que por feliz que fuese le había de ocasionar grandes pérdidas de hombres y de tiempo, se decidió por fin á tomar el partido violento de un ataque que juzgó necesario.

Al amanecer todos los preparativos para el combate estaban terminados. Dispuesta la escuadra en semicírculo, empezó á subir contra la corriente del rio; pero antes de empezar el combate quiso Cortés

hacer nueva tentativa para ver si los indios se seguían. Aguilar en calidad de intérprete fué á decirles que de ellos dependía el ser tratados como amigos ó enemigos; pero ellos sin escucharle, dieron en medio de espantosos aullidos la señal del ataque, avanzando todas sus canoas contra la flota española.

Comenzaron por lanzar flechas y piedras contra los españoles, que padecieron mucho, acribillados por aquella nube de proyectiles. Hasta entonces se habian mantenido inmóviles sin contestar mas que con su desden á las amenazadoras bravatas de sus enemigos; pero ya era tiempo de pensar en la defensa, y Cortés mandó disparar algunas piezas de artillería, que bastaron para que terminase el combate. Asustados los indios con el estrépito de aquel trueno que retumbaba contra ellos, y sobre todo, de los terribles efectos de su poder, se precipitaron en el agua para salvarse á nado. En un momento quedaron abandonadas todas las canoas, y acercándose la flota española á la costa, Cortés desembarcó sin dificultad con todas sus tropas.

La contienda no estaba todavía terminada. Los indios, que habian abandonado sus canoas para huir á los bosques, se incorporaron á un crecido número de naturales que venia para atacar á los españoles, y sorprendiendo á Cortés en el momento en que formaba su pequeño ejército en batalla, le empezaron á acribillar con flechas y piedras. El general español continuó formando sus líneas con una sangre

fria extraordinaria, marchando despues contra los enemigos; aunque para llegar hasta donde estaban sus masas compactas habia que atravesar profundos pantanos y espesos bosques. Cuando los salvajes vieron venir á los soldados españoles en buen orden y alineados unos con otros, no se atrevieron á esperarlos, y con su pronta huida evitaron los golpes de un enemigo cuyo marcial continente y brillantes armas les ofrecian un espectáculo tan nuevo como terrible.

El valor que manifestó Cortés en este combate, reveló ya á sus soldados lo que debian esperar de semejante general. Al principio de la accion se le quedó un zapato en el fango de un pantano que tuvo que atravesar, sin que lo echase de ver hasta que puestos los indios en completa derrota consiguió una victoria general.

El enemigo habia corrido á refugiarse en Tabasco, pueblo fortificado con una hilera de troneos, clavados en tierra, como las empalizadas que se usan en las poblaciones fortificadas de Europa. El único camino que conducia á la ciudad, eran tan sumamente estrecho y tortuoso, que era muy temible aventurarse en él, con imprudencia. Otro que Cortés hubiera titubeado á vista de tales dificultades; pero él marchó via recta á la poblacion, de la que pensaba apoderarse sin resistencia; mas los habitantes estaban resueltos á defenderse hasta la estremidad. Habian cortado con piés derechos la entrada del pueblo y de las calles, en términos que Cortés tuvo